

BIBLIOGRAFICAS

GUZMAN BLANCO: ANIMADOR CULTURAL

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Aunque el crítico de artes plásticas Roldán Esteva Grillet —caraqueño, nacido en 1946— nos indica que su libro *Guzmán Blanco y el arte venezolano* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986, 191 pp.) debe verse como un examen de las artes plásticas durante el año de 1883 (p. 107), Centenario del nacimiento de Simón Bolívar, sus propósitos son mucho más amplios. Se trata de un minucioso trabajo que más que de análisis de las artes visuales en particular constituye una certera monografía en torno a un momento de nuestra historia cultural, instante que su autor proyecta tanto más allá de su fecha como hacia atrás, al mostrarnos las raíces del proceso analizado. Por ser un estudio de reconstrucción de nuestro proceso cultural es por lo que nos ocupamos de él.

El libro de Esteva es una indagación en torno a los porqués del apoyo que el General Antonio Guzmán Blanco (1829-1899) dio a las artes durante los años que pasó en el poder, etapa que se inició el 27 de abril de 1870 y se cerró cuando el 26 de octubre de 1889 cayeron sus estatuas (p. 25, nota 13 y p. 161) cuando gobernaba Rojas Paúl. Al unísono con esto Esteva nos muestra el perfil de la personalidad política de Guzmán Blanco, nos permite echar una mirada a la Venezuela de su tiempo, durante la cual este peculiar Dictador trató de poner al día la nación. Así el núcleo central del volumen que comentamos lo constituye la crónica sobre nuestro devenir artístico en aquella época trazado a partir de la exposición que mandó organizar Guzmán Blanco en 1883.

A propósito de esta muestra, mirándola en todas sus aristas, considerando cada una de las obras allí exhibidas, haciendo una detenida exploración del catálogo que sobre ella preparó el sabio Adolfo Ernst (*La exposición Nacional de Venezuela*. Caracas: Imp. de La Opinión Nacional, 1884-86, 2 vols.) nos entrega Esteva, y esto es lo fundamental de su iluminadora inquisición, un rico análisis, como anotamos más arriba, de historia cultural venezolana. Así su obra no es solamente una memoria sobre las artes visuales en el momento del Centenario sino un estudio que nos permite comprender los modos creadores puestos en práctica entre nosotros durante el siglo pasado. Y no sólo los artísticos sino los

literarios, los históricos e incluso los editoriales, los cuales tanto auge tuvieron bajo el guzmancismo y especialmente en 1883. En este sentido el libro de Esteva nos permite observar en conjunto a Guzmán Blanco como el gran promotor de las artes durante aquel período como mirar todo aquello que con sus manos y con su inteligencia hicieron destacados venezolanos, cuyas obras por sí solas son capítulos de nuestra evolución creadora. Como antes lo indicamos, el panorama que nos pinta Esteva está todo trazado a partir, y a propósito, de la Exposición Nacional de 1883.

Fue amplio el número de actividades realizadas por Guzmán Blanco, un hombre de poder a quien siempre se recuerda por haber sido un hábil peculador pero de quien no podemos dejar de decir que con su paso por el gobierno “salió ganando el país” (p. 20, nota 12) como escribe Esteva. Y esto fue así por el serio intento de modernización del aparato estatal, por la forma como Guzmán Blanco reconstruyó a Caracas, en la cual en 1870 todavía se podían ver los destrozos causados por el terremoto de 1812, los cuales en los cincuenta y ocho años que mediaron entre el suceso y la llegada de Guzmán Blanco ninguna administración había reparado. Tanto hizo el Autócrata Civilizador, como con razón ha sido llamado, que en 1880 sólo quedaba en Caracas una ruina: el antiguo convento de los Mercedarios (p. 29).

Pero no sólo realizó esto sino que en el campo de la cultura creó en 1870 el Instituto de Bellas Artes el cual fue puesto en marcha por uno de sus “Presidentes”, Linares Alcántara, en 1877. Esta casa de formación se puso bajo la dirección de Ramón de la Plaza (1831-1886); se creó el Museo Nacional, el primero que tuvo Venezuela, el cual rigió Ernst (1832-1899); se creó una política de becas que permitieron a algunos pintores y escultores formarse en el exterior; se organizó la Exposición en la cual se pudo ver la madurez del arte de Tovar y Tovar —el artista más destacado del momento— y se descubrió el talento de Antonio Herrera Toro, Cristóbal Rojas y Arturo Michelena, y por último se publicaron los *Ensayos sobre el arte en Venezuela* (Caracas: Imp. de La Opinión Nacional, 1883), obra que no solamente fue la primera sobre el proceso de las artes plásticas y música, sino que fue libro pionero dentro de los de su género en América Latina.

Y claro está que si la formación del Instituto —germen de las Escuelas de Artes Plásticas y de Música de nuestros días—, la vertebración del Museo y la publicación de una obra angular como los *Ensayos* . . . fueron positivas, en otras de sus iniciativas mostró Guzmán sus manías de niño malcriado, como alguna vez lo observó Augusto Mijares (*Lo afirmativo venezolano*. 3ª ed. Caracas: Dimensiones, 1980 (p. 126). Tales fueron los casos de la aparatosa escena en el Panteón Nacional, el 24 de julio de 1883, con la supuesta Negra Matea (pp. 54-56, nota 52 y p. 57) momento grotesco y demagógico cuyo enjuiciamiento se le pasó por alto al muy agudo y siempre sardónico Esteva. De igual manera, queriendo auspiciar las artes mucho daño hizo Guzmán Blanco a artistas como Michelena y Rojas cuando les quitó la beca por no querer residir en Roma (pp. 96 y 125-126), ciudad que el Dictador consideraba cuna del arte cuando éstos laboraban en París,

en donde se renovaba la pintura en aquellos días. A poco de haberle suspendido la beca a Michelena éste ganó el premio del Salón parisino, siendo el primer latinoamericano en obtenerlo. Michelena castigó la arrogancia de Guzmán Blanco —una característica muy suya— al no complacerlo en estampar su figura en el lienzo.

Es muy rico el conjunto de observaciones que encontramos en el libro de Esteva. Podríamos abundar anotando la minuciosidad de su registro —prácticamente cada una de las obras expuestas en la Exposición es objeto de sus comentarios—; mostrar cómo de la Sala Bolívar de aquella muestra surgió el Museo Bolivariano de nuestros días (p. 123, nota 151); ya sea reparando en el sentido de sus observaciones sobre la escultura (p. 137), sus apuntaciones sobre la pintura religiosa (p. 64, nota 62) o sus serenas acotaciones sobre las ideas que utilizó Ramón de la Plaza al componer sus *Ensayos...*, la formación de su gusto (pp. 100-101), su significación (pp. 106) y sus debilidades (pp. 104-105).

Caracas:

Mayo 28-junio 11, 1987

BOLIVAR Y LOS TRISTAN

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Se ha revivido en estos días la discusión en torno a las relaciones que unieron a Simón Bolívar con sus amigos Mariano de Tristán y Teresa Laisney. Tanto Arturo Uslar Pietri (Bolívar y las mujeres, *El Nacional*, Caracas: marzo 4, 1987, Cuerpo B, p. 1) como Oscar Rojas Jiménez (Bolívar y Teresa Laisney. *El Universal*, Caracas: marzo 14, 1987, Cuerpo 1, p. 4) se ha detenido ante este afecto del Libertador insinuado otra vez que la hija de ambos, quien en su madurez fue la gran Flora Tristán (1803-1844), pudo ser hija del Libertador. Creemos que se trata de una afirmación sin sólido fundamento histórico. Por ello nos parece que la única forma de iluminarlo es examinando las relaciones que unieron a esta pareja con Bolívar. Esta es la única manera de dilucidar luego por qué Flora Tristán nunca pudo ser hija de Bolívar.

Relación muy afectuosa, de gran intimidad, cosa que revelan los documentos, fue la que sostuvo Bolívar en Bilbao y en París con ellos.

El peruano Mariano Tristán y la francesa Teresa Laisney se casaron en Bilbao a comienzos del siglo XIX. Fue en la metrópoli vasca donde conocieron en 1801 y trataron al joven Simón Bolívar, quien tenía entonces diez y ocho años. El estuvo en esa ciudad, durante su noviazgo con María Teresa Rodríguez del Toro.

En 1803, muerta su esposa, retornó Bolívar a Europa. En París volvió a tratar a los Tristán. Para ese momento ellos habían tenido a una hija. Ocho años

después del deceso del Libertador, Flora publicó en el periódico parisiense *Le Voleur* (julio 31, 1838) varias cartas de Bolívar dirigidas a ellos. Dos a su madre y otra a su padre. Ambas fueron atribuidas durante largo tiempo a Fanny Du Villars, las dirigidas a la madre de Flora y a Denis de Trobriand, la enviada al Coronel Tristán. Como consecuencia de las investigaciones de Marcos Falcón Briceño (*Teresa la confidente de Bolívar*. Caracas: Imp. Nacional, 1955) sabemos que esas misivas fueron dirigidas a los Tristán. Estas cartas tienen la importancia de presentarnos el estado en que quedó Bolívar tras su temprana viudez. Durante ese difícil tránsito Teresa fue la confidente de Simón. Fue ella a quien Bolívar llamó Teresa y no a Fanny como lo supuso Luis Correa (*Terra Patrum*. 3ª ed. Caracas: Ministerio de Educación, 1961, pp. 274-275) y por lo tanto la llamó así no dándole el nombre de la esposa fallecida sino aquel que era el suyo.

Para entender los intensos lazos que ataron a Bolívar con los Tristán no hay otra forma que leer las cartas que les escribió. La primera de ellas la envía Bolívar a Teresa seguramente en 1804 (*Escritos del Libertador*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1967, t. II, vol. I, pp. 136-140). En ella le cuenta la forma como Simón Rodríguez había curado su alma enferma. A la vez ofrece algunas noticias sobre sus viajes por Europa, aunque de su paso por Viena, Londres y Lisboa la única noticia conocida sea la que corre inserta en este escrito. Ningún otro documento lo confirma (*Escritos...* t. II, vol. I, p. 141, notas 2, 4 y 5). En cambio la misiva que dirige durante aquel mismo año al Coronel Tristán nos habla de los cambios que se han operado dentro de sus concepciones políticas. Esta epístola fue escrita para explicar y hasta excusarse por una violenta discusión de la cual fueron testigos sus amigos días antes. Tal reunión se había celebrado en la casa donde Bolívar residía en París. Es esta una carta bellamente escrita, es una de las primeras que exhiben los caracteres del estilo que iba a utilizar Bolívar a todo lo ancho de su correspondencia. En ésta, como en otras muchas suyas, vamos a encontrar su "alma pintada en el papel" (*Escritos...* t. II, vol. I, p. 291). Entre esta carta (*Escritos...*, t. I, vol. II, pp. 143-145) y la última que les envió, antes de volver a Venezuela, se operó un gran cambio en él. Definió su sendero vital, juró en Roma dedicarse a lograr la Independencia. La última correspondencia, que tampoco tiene fecha, fue dirigida a Teresa Laisney. De ella nos interesa especialmente cuando dice: "Voy a buscar otro modo de existencia; estoy cansado de la Europa y de sus viejas sociedades; me vuelvo a América; ¿Qué haré allí? No lo sé. U. sabe que todo en mí es espontáneo, que nunca hago proyectos... voy a ver de nuevo otros hombres, otra naturaleza... el gran Emperador acaba de invadir a España y yo quiero ser testigo de la acogida que tendrá este acontecimiento en América..." (*Escritos...*, t. II, vol. I, p. 152).

El estudio de la correspondencia cruzada entre Bolívar y los Tristán solamente nos permite aseverar que entre ellos existió una honda relación de afecto. Nada más. Lo demás son fantasías, por más que los esposos Tristán parezcan la "pareja desigual" que dice Rojas Jiménez, ya que en 1801 él tenía cuarenta años y ella sólo diez y ocho. Y no creemos que haya habido relación alguna en Bilbao entre Teresa y Simón porque en esos días ya Bolívar había decidido casarse con

quien fue su única esposa. Vivía en aquellos días los intensos transportes de su relación amorosa con María Teresa del Toro. Y aunque en su caso es difícil negar rotundamente que hubiera podido existir íntima relación con Teresa, la documentación no nos permite aseverarlo.

Lo que sí es un infundio, que la cronología desmiente, es que Flora Tristán pudiera haber sido hija de Bolívar. Basta echar una mirada a ciertos detalles para comprobarlo. Flora, según una partida de nacimiento que presentó en el Perú, cuando fue a reclamar la herencia ante sus tíos, patrimonio que le fue negado, había nacido el 7 de abril de 1803. Si vio la luz ese día fue concebida durante el mes de agosto de 1802. Y en esa fecha Bolívar no estaba allí. Había dejado Bilbao el 29 de abril de 1802. El 26 de mayo se celebró su matrimonio en Madrid. En junio partió para Venezuela. El 12 de julio llegó a La Guaira. No regresó al Viejo Mundo hasta el 23 de octubre de 1803. En este momento la pequeña Flora tenía más de seis meses de nacida.

Caracas:

Abril 22, 1987.

MIRANDA, CRITICO DE ARTE

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Nunca se detiene el examen de la figura de Francisco de Miranda (1750-1816). Y esto sucede porque aún no hemos comprendido, aunque no nos demos cuenta, la significación plena de su personalidad. Seguimos mirándolo sólo como el Precursor, pero no nos detenemos en su otro lado: el primer latinoamericano que se asomó con certeza al mundo de su tiempo, a los días de la Ilustración, al ser que participó en los tres acontecimientos fundamentales de su época —Independencia de los Estados Unidos, Revolución Francesa y Emancipación Hispanoamericana—. Un privilegio poco común.

El interés nunca turbado por él no tiene fin. Esto nos lo demuestra la reedición de su *Archivo* bajo el título de *Colombeia* (Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1978) cuyos diversos volúmenes están apareciendo paulatinamente. Esto mismo lo muestran varios interesantes libros que sobre él se han publicado en el espacio de los últimos diez años. Nos referimos al de Josefina Rodríguez Alonso *El Siglo de las Luces contado por Francisco de Miranda* (Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1978) en el cual reconstruyó, paso a paso, con ojos de hoy, el periplo mirandino a través del Viejo Mundo de sus días; *Crisol del americanismo* (Caracas: Cuadernos Lagoven, 1980) en donde J. L. Salcedo-Bastardo nos mostró la influencia que tuvo don Francisco en el cambio de la perspectiva de la Revolución Hispanoamericana como consecuencia de su contacto con Bolívar, Bello y López Méndez en Londres durante el verano

de 1810; Antonio Egea López en *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983) nos ha permitido ver las raíces y configuración de su ideario; Gloria Henríquez en *Los papeles de Francisco de Miranda* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984) nos acerca todos los problemas que nos plantean los numerosos documentos que el Precursor reunió en el decurso de su vida; Alfonzo Rumazo González nos entregó en *Miranda, protolider de la Independencia americana* (Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1986) una completa biografía que tiene en cuenta todos los hallazgos de la investigación reciente; Miguel Castillo Didier en *Miranda y Grecia* (Caracas: Cuadernos Lagoven, 1986) nos permitió examinar las conexiones entre Miranda y la cultura griega. Y en estos días Rafael Pineda en su *Francisco de Miranda, el primer crítico de arte* (Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1986, 147 pp.), nos permite observar al ser sensible frente al arte.

Para ofrecernos los testimonios que Miranda dejó sobre las manifestaciones artísticas que conoció, Pineda rastreó el *Diario* mirandino. Allí está documentada al opinión que tuvo de todo aquello que miró este hombre que fue “el movimiento personificado” (p. 12), cuyo eclecticismo (p. 14) le permitió entender cada modo artístico y así enriquecer su sensibilidad.

Para entender todo lo que el autor de esta breve monografía nos quiere mostrar hay que tener en cuenta que si Miranda no hubiera ido a Europa no hubiese podido conocer el arte pleno —música, teatro, escultura, pintura, arquitectura— que se hacía en aquellos días, o el que se conservaba del pasado, porque en la Caracas donde vio la luz no existían ni bibliotecas ni museos. Lo que aquí pudo contemplar era bien poco. Y era eco de lo que se hacía en el Viejo Mundo (p. 15). De allí la forma como aprovechó su estada, desde el 1 de marzo de 1771, cuando puso su pie en Europa, al desembarcar en Cádiz.

Pero lo que nos interesa del culto observador que fue Miranda es que cada vez que examinaba una muestra artística —la colección del Ermitage, la cúpula de Santa Sofía en Estambul, una pieza de teatro, un monumento antiguo— siempre pensaba por sí mismo, dejaba constancia de su personal opinión (pp. 13 y 18). Y esto hasta cuando conversó sobre música con un hombre como Haydn y expresó lo que pensaba de las obras de Boccherini (p. 29).

Así este libro de Rafael Pineda nos permite acercarnos a una faceta, otra más, del hombre Miranda. El Precursor no fue nuestro primer crítico de arte, pero sí fue el primer venezolano en dejar consignado por escrito lo que miró el arte produjo en sí mismo. Es este un testimonio particularísimo, pues pocos fueron los hombres de su generación que nos legaron las imágenes de sus contactos con las artes visuales.

Caracas:

Febrero 27-marzo 6, 1987.

“NOTAS DE HISTORIA COLOMBO-VENEZOLANA”. — MONSEÑOR MARIO GERMAN ROMERO. — Centro de Historia del Táchira. San Cristóbal, 1985, 275 pp.

Por NICOLÁS VEGAS ROLANDO

Mario Germán Romero, uno de mis más nuevos pero más entrañables amigos, porque al mismo tiempo lo es de Venezuela, nos ha regalado una hermosa obra en su concepción y ejecución. El título de la obra comentada es suficiente credencial para considerar a este libro como excepcional. Y digo excepcional, porque en momentos tan conflictivos como éste, las expresiones que se oyen de los intelectuales y gobernantes colombianos, sobre Venezuela y su gente, precisamente no son las más gratas.

Pero, precisamente con esa gallardía tan propia de Mario Germán, él toma la pluma no sólo como lo hizo en el pasado para descubrirnos la apasionante biografía del Arcediano Antonio José de Sucre, obra publicada por la Academia Nacional de la Historia, la cual motivó una nota bibliográfica del suscrito y que fue publicada en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia.

Desde la presentación del libro hecha por Pedro Pablo Paredes, andino por nacimiento y vocación, hasta la última línea, nos demuestra que Mario Germán Romero es un docto conocedor de nuestro pasado y apasionado venezolanista.

El Índice del libro nos señala:

- El Padre Juan Rivero y el “Teatro del Desengaño”.
- El Ensayo de Historia Americana del Padre Felipe Salvador Gilij.
- El Padre Antonio Julián y su libro “Transformación de América”.
- ¿De qué obra tradujo Nariño “Los Derechos del Hombre”?
- Participación del clero en la lucha por la Independencia.
- El Cabildo de Caracas y la Iglesia.
- Un documento interesante sobre la Independencia de la ciudad de Barcelona.
- Cecilio Acosta y Colombia. La correspondencia con Caro, Cuervo y otros colombianos.

y ya esto es suficientemente elocuente para demostrar que lo que digo es cierto.

Pero además, en esa obra escrita con un lenguaje castizo y puro, que deleita leerla, como placer produce leer a Fray Luis de León y a Santa Teresa de Jesús, se nos revelan datos sumamente interesantes por lo trascendental y raro, como: El Cabildo de Caracas y la Iglesia, estudio indispensable para el que quiere estudiar nuestra historia y en especial la eclesiástica. Y un documento interesante sobre la Independencia de la ciudad de Barcelona, en el cual aparece la lista de

los principales patriotas traidores y el Acuerdo de 1810. Cecilio Acosta y Colombia. La correspondencia con Caro, Cuervo y otros colombianos. Todos estos documentos son casi inéditos, o inéditos sin el casi. Ellos nos revelan hechos que no puede ignorar nuestra histografía, pero además quedan enriquecidos con los comentarios que respecto a los mismos hace el autor de la obra que comentamos.

Rogamos a Dios para que dé muchos años más de vida, a ese gran venezolano nacido en Colombia, que es Mario Germán Romero, para que nos siga ilustrando sobre nuestros hombres e instituciones, en su pasado histórico.

Lo lamentable de esta obra es que no haya circulado en Venezuela. Algunos Académicos de la Historia, amigos de Mario Germán, a quienes he preguntado si la conocen, me informan que la ignoran. Yo me ofrezco a distribuirla y por tanto a divulgarla en nuestros círculos intelectuales.

Caracas, ocho de septiembre de 1987, día de Nuestra Señora del Valle del Espíritu Santo, patrona del Oriente de Venezuela.

DOS FOLLETOS

Por DAVID RUIZ CHATAING

Dentro de la amplia gama de actividades desplegadas por la Universidad Santa María no deja de tener gran importancia su gestión editora. En el campo de la Historia y las Ciencias Sociales se nos presenta con publicaciones tales como la *Revista Universitaria de Historia*, *Suma Universitaria*, *Sumatoria Económica* y la *Revista de la Facultad de Derecho*. Así mismo su *Catálogo de Publicaciones* nos indica la edición de libros valiosísimos como las *Obras Completas* de Laureano Vallenilla Lanz. También, la difusión de una amplia folletería consistente en trabajos de cátedra, monografías y ensayos, etc. En esta oportunidad, traemos a colación dos de ellos: *Balance Político del Año 1936*, de Sigfrido Lanz, y *Aproximación a la Comprensión Histórica de Rufino Blanco Fombona*, de Daisy La Rosa E.

I

El ensayo histórico de Sigfrido Lanz nos luce un buen esbozo de los acontecimientos político-sociales del año crucial que siguió a la muerte de Juan Vicente Gómez. La tesis central del texto es que la autodenominada *Vanguardia* del pueblo estuvo permanentemente en la *Retaguardia* del Movimiento Popular por abrigar falsas ilusiones acerca del espíritu democrático del General Eleazar López Contreras, en contraposición al reaccionario Congreso gomecista. Esa percepción política, los convirtió en apagafuegos, en desmovilizadores del pueblo. Perciben,

finalmente, sus errores políticos en el momento mismo de aherrojamiento y la expatriación por parte del gobierno lopecista ya sólidamente establecido en el poder.

Las Fuentes primarias y secundarias existentes sobre este año de *Transición* como lo llama Ramón Díaz Sánchez rebasan ampliamente las utilizadas por el autor, basta ojear la revista del Centro de Investigaciones Históricas Mario Bri-ceño Iragorry del Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, *Tiempo y Espacio* (Caracas, enero-julio 1986, Nº 5) dedicada al año en cuestión para notar todo el material (bibliográfico, hemerográfico y fuente directa) no consultadas por este novel pero prometedor escritor de nuestra historia contemporánea. Debemos recordar en su defensa las características de concisión y brevedad del folleto como tipo de publicación. También, podemos reivindicar en su alegato que lo más importante en estos pequeños trabajos es el enfoque renovador con el cual se abordan los acontecimientos.

II

Daisy La Rosa, por su parte, nos presenta un hermoso y apretado bosquejo biográfico e histórico-historiográfico de Rufino Blanco Fombona (1874-1944) una de las más extraordinarias figuras intelectuales de Venezuela. Este personaje, desarrolló su temple, su carácter y su pujante fuerza creativa en múltiples campos: Historia, Literatura, Diplomacia, Periodismo, Política, y fue un productivo editor.

Rufino Blanco Fombona militó en las filas del pensamiento avanzado de su época: fue positivista, modernista y liberal. Tuvo simpatías radicales y anarquistas, de su pluma salieron frases elogiosas a los magnicidas de entonces. Fue un anti-imperialista cabal, lo que lo llevó a escribir cosas como la siguiente:

“Yanquis, Yanquis, ellos son los enemigos de nuestro espíritu, de nuestra civilización, de nuestra idiosincrasia, de nuestra independencia, de nuestra raza. . . Si nosotros continuamos siguiendo los patrones Yanquis, terminaremos perdiendo la particularidad de nuestra gloriosa civilización latina”.

Sobre los cimientos y raíces del pensamiento anti-imperialista de Rufino Blanco Fombona, es interesante el planteamiento de Daisy La Rosa en torno a la continuidad de las concepciones ideopolíticas de la “Aristocracia Territorial Venezolana”, Colonial y decimonónica, de algunos pensadores, entre los cuales incluye al autor del *Hombre de Hierro*. Dicha clase social, ya decadente cuando Rufino Blanco Fombona ha desarrollado su ideario, fue iniciadora —según su percepción— de la nacionalidad, de cuyo seno surgieron Fermín Toro, Andrés Bello, Simón Bolívar, Manuel Palacio Fajardo, etc. Ese orgullo del abolengo, la tradición y el linaje entronca perfectamente con el viril sentimiento de rechazo contra los invasores de cultura barata, contra su imposición sin arraigo y sin historia.

También el Modernismo y su exaltación de lo bello de nuestra América contribuyó indefectiblemente en la conformación del pensamiento nacionalista blan-

cofomboniano. Así mismo caben destacar la Doctrina Bolivariana tanto como el *Derecho Internacional Americano* (desarrollado a partir del Congreso de Panamá de 1826 teniendo como eje vertebrador las ideas de no-intervención, solución pacífica de los conflictos, arbitraje, alianza solidaria, etc.) cuyos representantes —más o menos coetáneos con R. B. F.— fueron Alejandro Alvarez, Roque Sáenz Peña, Rafael Seijas, para nombrar sólo algunos.

Es indispensable incluir en este denso sedimento forjador de las convicciones de Rufino Blanco Fombona, las diversas conferencias hispanistas y latinoamericanistas —que no panamericanistas— realizadas a lo largo del siglo XIX, así como la interinfluencia ejercida por personalidades de talla continental como José Martí, Rubén Darío, José María Vargas Vila, Santiago Pérez Triana, José Enrique Rodó, José Santos Chocano y César Zumeta.

Otra veta donde abrevó R. B. F. fue, sin lugar a dudas, el pensamiento liberal, tanto europeo-norteamericano como latinoamericano. El Liberalismo, ideología del capitalismo en expansión los siglos XVII, XVIII y XIX, contemplaba teóricamente, que no en los hechos, la convivencia internacional como garante del comercio y la propiedad, en ese sentido tendía a las soluciones negociadas y arbitradas y a la no-intervención, aunque el capitalismo real invadía y saqueaba al mundo. La idea de nacionalidad, además, contemplaba el derecho “natural” de cada pueblo a gobernarse a sí mismo, en consecuencia, las luchas polaca, griega, alemana, italiana e irlandesa por la independencia y la unidad nacional les eran simpáticas al credo liberal. (Ver al respecto: Harold Laski *El Liberalismo Europeo*, p. 68; Guido de Ruggiero *Historia del Liberalismo Europeo*, pp. 50-54, 210, 427-433; L. T. Hobhouse, *Liberalismo*, pp. 68, 173, 175, 185, 186; Walter Goetz, *Liberalismo y Nacionalismo*, pp. 7-9; V. S. Pokrovski, *Historia de las Ideas Políticas*, pp. 327-328; Andre Vachet, *La Ideología Liberal*, vol. 1, p. 23 y vol. 2, pp. 59-60). En América Latina el liberalismo iluminó a los más avanzados próceres independentistas y pretendió —no logró serlo— convertirse en instrumento de liberación de la “herencia colonial española”. El *Poder Social Liberal*, como lo denomina Ricaurte Soler, intentó con la separación del Estado de la Iglesia, la desamortización de las “manos muertas”, la eliminación de los fueros militar y eclesiástico, la abolición del tributo indígena y la esclavitud, con la introducción de una legislación avanzada, las inversiones extranjeras, la inmigración blanca, la educación y los ferrocarriles, etc., construir el Estado Nacional bajo la forma republicana-democrática. Hizo todos los esfuerzos por implantar la democracia liberal. Si el liberalismo en Europa y Norteamérica condujo —en confluencia o choque con otras fuerzas históricas— al Estado Nacional y a la democracia burguesa, y en América Latina al Estado Oligárquico y el capitalismo dependiente, *no es tema para discutir aquí*, pero como proposición transformadora que trató de encarnar, como proyecto nacional alternativo del siglo XIX latinoamericano, el liberalismo, nutrió también las convicciones patrióticas de los anti-imperialistas del alborar del siglo XX. Son conocidas al respecto las reflexiones de Leopoldo Zea, José Luis Romero, Ricaurte Soler, Arturo Ardao, José Carlos Chiaramonte y Abelardo Villegas.

Como demócrata íntegro, adversó a los tiranuelos que asolan a nuestra América, lo que le valió muchas persecuciones, cárceles y exilio. Contra Juan "Bisonte" Gómez, como él le decía, lanzó los más duros dicitos que hayan salido de pluma alguna. Esto le valió una larga expatriación (1910-1935) que lo convirtió en un trotamundo: teniendo como residencia España, recorrió Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica y América Latina. Una y otra vez, conociendo, aprendiendo y relacionándose con lo más granado de la intelectualidad internacional de las primeras décadas del siglo xx.

De los tópicos dignos de destacar del trabajo, cabe mencionar la utilización del Archivo de Rufino Blanco Fombona que reposa en la Biblioteca Nacional, Sección Libros Raros y Manuscritos. Esto lo traemos a colación debido a que en los últimos años una visión aparentemente heterodoxa e iconoclasta de no incurrir en el "culto al documento" ha convertido a la investigación histórica en Venezuela en una actividad exclusivamente bibliográfica, menospreciando las fuentes primarias, esencialmente para aportar, realmente, nuevo conocimiento histórico sobre cualquier tema. Aunque algunos historiadores son por esa "rebeldía contra el documento" excelsos representantes del "pensamiento imaginativo", las "agudas intuiciones" y la Refritería, afortunadamente hay una corriente apreciable de historiadores, viejos y jóvenes, que sí se plantean el estudio de nuestra historia con el rigor teórico, metodológico y documental necesario, y otra cosa muy importante, que se resisten a abandonar sobre segundos la labor de recopilación e investigación primaria y acometen dicha tarea directa y personalmente. Podríamos mencionar a este respecto las tesis de grado, trabajos de ascenso, y libros surgidos de investigaciones profesionalmente ejecutadas por los Centros de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, la Universidad Central de Venezuela, la Universidad del Zulia e Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, entre otros, donde se ejerce la investigación histórica renovadora.

Tenemos ciertas reservas con algunos planteamientos hechos por Daisy La Rosa E. que pasamos explicar:

La autora define al Modernismo como:

"...un instrumento que le permitiría [a R. F. B.] analizar los problemas socio-políticos que afectaban las estructuras latinoamericanas..." (pp. 8-9).

Es nuestra apreciación que el Modernismo le brindó más bien una actitud general de amor hacia las raíces latinoamericanas y venezolanas, lo dotó de "clima espiritual" para ser un hombre progresista, pero el método de análisis le vino, más bien del Positivismo, en *strictu sensu*, el método histórico-social en boga al cual se afilió Blanco Fombona, si bien en forma ecléctica o sincrética. Sus apreciaciones sobre la perspectiva teórico-metodológica positivista, por cierto, tampoco las compartimos... Si bien es cierto que la doctrina inaugurada por A. Comte, entre otros, fue en Europa, como dice Pokrovski, puntal de la reacción y del ascenso del capitalismo monopolítico, en América Latina, por lo menos los años que van de 1860 hasta finales del siglo xix, cumplió un papel importante: con dicha metodología se abordó el estudio sistemático de nuestra naturaleza, sociedad e historia y pretendió ser —junto con el liberalismo— instrumento de

emancipación mental y material de nuestros pueblos (Se puede consultar al respecto de Leopoldo Zea *Pensamiento Latinoamericano* y *Pensamiento Positivista Latinoamericano*). Su evolución ulterior como ideología de los terratenientes, las dictaduras y los monopolios extranjeros no lo descalifican en lo que tuvo —en cierto momento— de progresista y promisor.

Por otro lado los valores, concepciones y paradigmas positivistas están presentes hasta en las nuevas promociones de historiadores que formalmente los combaten, pero en el análisis histórico los utilizan. Es el caso de la misma Daisy La Rosa E. cuando escribe:

“En septiembre de 1904, atribulado [R. B. F.] por sus constantes búsquedas, renuncia al Consulado y regresa a Venezuela, cargado de múltiples experiencias dejadas en su oportuno viaje a Europa. Sus amargos recuerdos en el Estado Zulia, prontamente volverían a resucitar en una región aún más hostil; Río Negro, sería su próximo paso sangriento. En 1905 se encargó de la Gobernación del Territorio Amazonas; como hombre culto, *trató naturalmente de civilizar aquello*. Empezó a fundar escuelas, a abrir caminos, a recoger voces indígenas para un diccionario, a impedir la esclavitud de los indios (quienes eran sometidos por medio de suministros de mercancías y adelantos en dinero) a practicar el sistema municipal autonómico, a dignificar la función de juez, a cortar las garras de los caciques y caudillos regionales. En suma, empieza a probar que él no era *un bárbaro más de la región*”.

Quizás parezca excesiva susceptibilidad, pero ¿en qué se diferencia este párrafo a lo que escribían Julio C. Salas, Laureano Vallenilla Lanz, Rufino Blanco Fombona, entre otros, sobre *Civilización y Barbarie*?

Otro aspecto interesante, donde hemos de hacer distancia con la autora, es cuando, hablando de las calamidades que desatan sobre nuestros países las dictaduras —como la de Juan Vicente Gómez— plantea que su meta es convertirlos en “...desiertos culturales...” (p. 19).

Esto con ser cierto, en líneas generales, necesita, como todo juicio histórico, de un ponderado ajuste: acaba de ser editado el segundo libro de Yolanda Segnini *Las Luces del Gomecismo* (Caracas, Alfadil Ediciones, 1987), en él la acuciosa historiadora describe, explica y analiza la cultura de las élites en los años gomeríos, trabajo que comentaremos en próxima oportunidad, y el cual es importante porque da cuenta de una diversa actividad creativa en el país —por parte de las élites— bajo la dictadura en cuestión.

Tampoco podemos soslayar la caracterización que hace Daisy La Rosa sobre el gobierno de Eleazar López Contreras (1935-1941) diciendo que éste “...toma el poder bajo las banderas de la legitimidad y la conciliación nacional...” (p. 27). Al respecto, sencillamente, remitimos al folleto antes comentado de Sigfrido Lanz.

Estos excelentes trabajos, si la U. S. M. ha corregido los problemas de distribución de sus publicaciones, pueden ser localizados en las diversas librerías del país.

BIBLIOGRAFÍA

SIGFRIDO LANZ. *Balance Político del año 1936* (Ensayos y Monografías, N° 6). Caracas, U. S. M., 1986, pp. 34.

DAISY LA ROSA E. *Aproximación a la Comprensión Histórica de Rufino Blanco Fombona* (Trabajos de Cátedra, N° 6). Caracas, U. S. M., 1986, pp. 40.

“MEXICO EN EL SIGLO XIX (1821-1910)”. — VARIOS. — (Historia Económica y de la Estructura Social). Ciro Cardoso, coordinador. Serie Historia a cargo de Enrique Flores-Cano. México, Editorial Nueva Imagen, 5ª edición, 1984, pp. 525.

Por DAVID RUIZ CHATAING

Un aspecto fundamental del trabajo —que no el único— es el plantearse, desde la perspectiva de la noción de *Dependencia*, el proceso histórico *interno* de México, superando así, la aproximación externalista y generalizadora de la que han adolecido la mayoría de los estudios de la escuela dependientista. Es un intento colectivo de historiar la “acumulación primitiva de capital” del capitalismo dependiente mexicano: sus antecedentes, desarrollo, consolidación y sus características inconclusas respecto del modelo clásico inglés.

Para llevar adelante su cometido, este grupo de investigadores —coordinado por Ciro Cardoso— divide el siglo XIX mexicano en dos momentos bien específicos: 1821-1880, caracterizado, en la esfera internacional, por el predominio del capitalismo liberal, y al interior de la sociedad mexicana, por una profunda crisis económica, política y social donde se frustran diversos intentos de consolidar un proyecto nacional. El período subsiguiente, 1880-1910, estuvo signado por la irrupción del imperialismo en los países avanzados y la marcha forzada, por el capitalismo dependiente, de México bajo las férreas andaderas del porfiriato.

Se aborda, en cada etapa, el problema de la construcción del Estado, las clases a partir de las cuales se intenta estructurarlo y las estrategias políticas y económicas para posibilitarlo. Son analizadas pormenorizadamente las estructuras agrarias, la minería, las industrias de transformación, los aspectos financieros y monetarios, el transporte y el comercio, las estructuras políticas y los movimientos sociales.

Al arribar la tierra de Benito Juárez al siglo XX, lo hace habiendo recorrido un camino, que si bien permitió un acelerado crecimiento económico, lo hizo sacrificando un auténtico desarrollo autónomo —cuya viabilidad, dicho sea de paso, tenía obstáculos casi insalvables— y lo condujo por la vía del capitalismo tardío o periférico. También, a costa de la miseria de las grandes mayorías rurales sobre las cuales se volcó —al menor asomo de protesta— todo el peso del aparato estatal construido bajo la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911). La crisis eco-

nómica mundial y la insostenible situación del pueblo mexicano en la primera década del siglo xx harían aflorar las fisuras y contradicciones del modelo proclamado como exitoso por los monopolios yanquis, la oligarquía mexicana y los "científicos" positivistas del porfirismo. Se inició así la revolución mexicana donde utopías, esperanzas y luchas chocarían con nuevos depredadores dispuestos, nuevamente, a postergarlas.

Completan el trabajo teórico e histórico adelantado por el Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, el acopio laborioso de fuentes primarias, bibliografía e ilustrativos gráficos y mapas.

Recomendamos ampliamente la lectura de este manual universitario de Historia económica y social de México decimonónico, el cual puede ser reconsultado en el Fondo Bibliográfico del Caribe de la Biblioteca Nacional.

"VENEZUELA: PROYECTO NACIONAL Y PODER SOCIAL". — GERMAN CARRERA DAMAS. — (Serie General, estudios y ensayos, N° 153). Barcelona, Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo, 1986, pp. 250.

Por DAVID RUIZ CHATAING

Nos presenta Germán Carrera Damas, en esta oportunidad, trabajos presentados en conferencias, seminarios, simposios y coloquios. Aborda, en los diversos ensayos, los esfuerzos de reconstrucción de la estructura de poder interno de la sociedad implantada colonial venezolana luego de la independencia —cuando sufrió un severo quebrantamiento— y los intentos de viabilizarla mediante la ardua elaboración y puesta en práctica de un proyecto nacional. Se estudia el pensamiento y la actuación de Bolívar —teniendo como contexto lo indicado en estas líneas— y las elaboraciones ideológicas de la clase dominante para legitimarse a partir de su gesta histórica.

Ante la dificultad de hacer una presentación resumida de textos que de por sí son apretadas síntesis históricas, nos conformaremos con parafrasear su contenido expresado en el "Índice": Los problemas de la disgregación e integración políticas y sus intentos de solución: el caso de Venezuela; las élites y la Revolución; estructura de poder interno y proyecto nacional en Venezuela después de la Independencia; Bolívar y el proyecto nacional venezolano en la segunda mitad del siglo XIX, y sus más recientes reflexiones sobre el culto a Bolívar y el significado auténtico de relacionar a Simón Bolívar y la actualidad latinoamericana.

Es importante destacar en forma preliminar una consideración historiográfica hecha por el autor: para asumir la comprensión científica de la Historia de Venezuela, hay que abocarse a desmontar las ideologizaciones de la llamada "historia patria" y "nacional", desbrozar la densa urdimbre de mitos, deformaciones

y cultos religiosos de la que se ha visto rodeada la interpretación de la historia venezolana. Desde ese punto de vista realiza un importante esfuerzo de intelección de nuestra realidad, intenta construir lo que en la concepción marxista de la historia se llama un abstracto-concreto: un serio intento, ¿marxista? ¿eclectico?, de captar entre la marejada de acontecimientos históricos —y sus disímiles interpretaciones—, lo esencial, lo susceptible de ser *aprehendido* para *comprender* y *explicar* nuestro proceso histórico decimonónico y actual. Esto que es su máximo aporte, permite ser benigno ante las insuficiencias heurísticas de la obra.

Apreciable lucidez se percibe al leer el apartado “Bolívar y el proyecto nacional”, en el cual explica el pensamiento y la acción bolivarianas, sus prejuicios mantuanos contra los pardos, indios y negros y su alabanza, circunstanciada por coyunturas de emergencia, de las conductas dictatoriales y conservadoras para restablecer la estructura económica de la sociedad venezolana en proceso de romper el nexo colonial (pp. 118 y sigs.). Igual comentario cabe hacer de la caracterización del guzmanato como expresión de cierto grado de cohesión y coherencia de la clase dominante sobre el camino a seguir para restablecer el poder interno fracturado desde la época de la independencia. Este consenso se nucleó alrededor de la centralización política, la racionalización administrativa e impulso del crecimiento económico con medidas internas (de corte liberal o intervencionistas) y abriendo el país, incondicionalmente, a las inversiones extranjeras, empréstitos y concesiones.

Todo libro nos llena de certezas, de dudas y de preguntas. En este caso podríamos señalar interrogantes como las siguientes: ¿Hubo proyectos de nación distintos al del mantuanaje? ¿Qué aspiraba el esclavo, el indio, el artesano, el campesino del país? ¿Estas visiones, si las hubo, distintas de los hacendados y logreros, dejaron testimonios documentales? ¿Por cuáles razones fracasaron, si hubo intentos según algunos historiadores de implementarlos? ¿Existen actualmente proyectos alternativos al Estado liberal tardíamente logrado? ¿Puede éste autotransformarse en sentido democrático? ¿Qué papel han jugado los intelectuales —críticos o justificadores— en este proceso? Nuevas investigaciones históricas y la Historia misma nos han de dar mediatas respuestas.